

JAMES POTTER

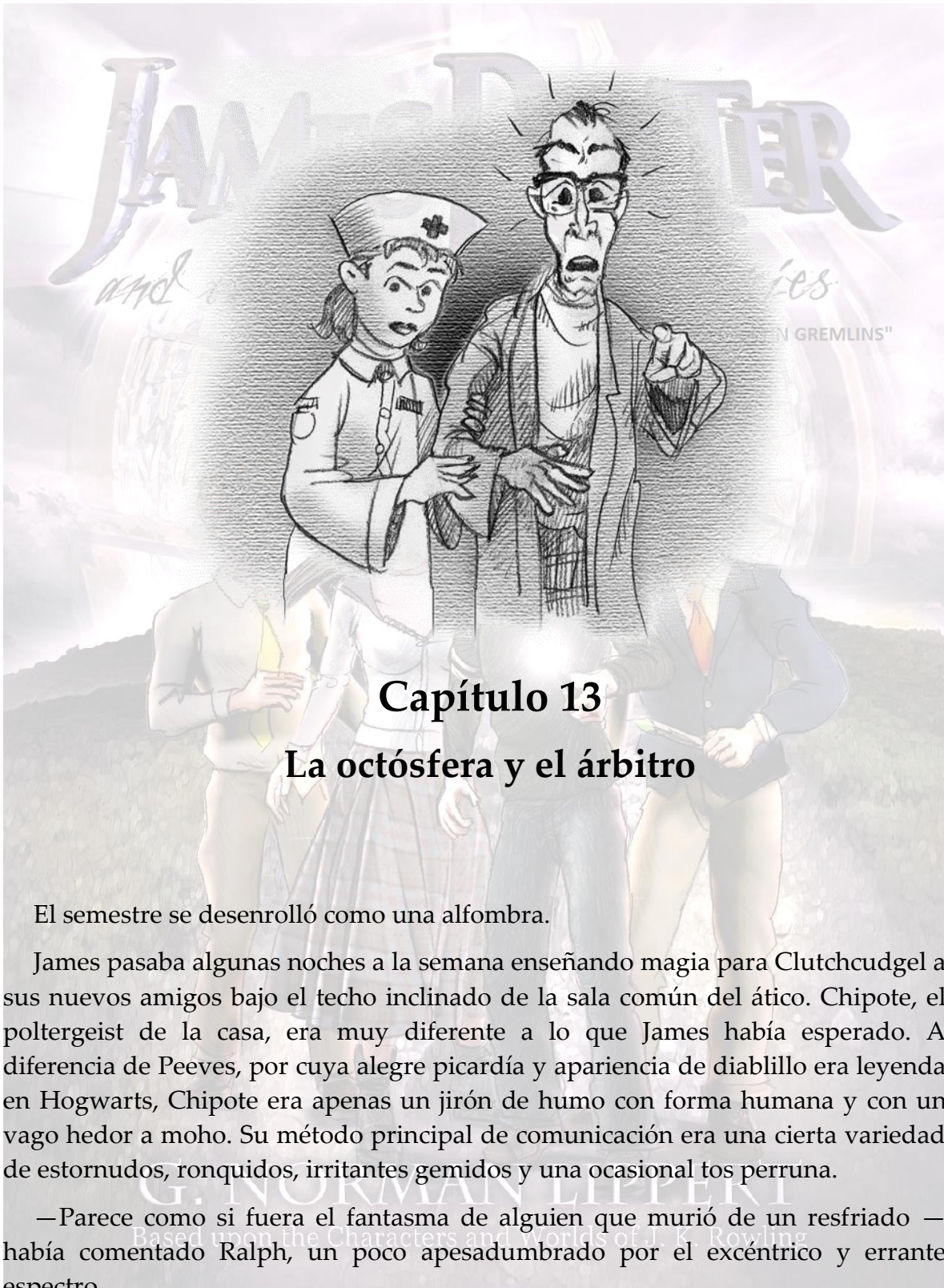
and the Vault of Destinies

TRADUCIDO POR "LATIN GREMLINS"

G. NORMAN LIPPERT

Based upon the Characters and Worlds of J. K. Rowling

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS



Capítulo 13

La octósfera y el árbitro

El semestre se desenrolló como una alfombra.

James pasaba algunas noches a la semana enseñando magia para Clutchcudgel a sus nuevos amigos bajo el techo inclinado de la sala común del ático. Chipote, el poltergeist de la casa, era muy diferente a lo que James había esperado. A diferencia de Peeves, por cuya alegre picardía y apariencia de diablillo era leyenda en Hogwarts, Chipote era apenas un jirón de humo con forma humana y con un vago hedor a moho. Su método principal de comunicación era una cierta variedad de estornudos, ronquidos, irritantes gemidos y una ocasional tos perruna.

—Parece como si fuera el fantasma de alguien que murió de un resfriado — había comentado Ralph, un poco apesadumbrado por el excéntrico y errante espectro.

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

—Es una buena teoría —estuvo de acuerdo Wentworth—. Pensábamos lo mismo, así que tuvimos que hacerle pruebas. Una viejecita pequeña, de la Facultad de Medicina, se acercó y tomó una ecto-muestra. Según ella, Chipote sí que es un poltergeist, de pies a cabeza.

—Sí que *era* pequeña, ¿no era así? —coincidió Jazmine—. Sus gafas eran más grandes que la cabeza. Creo que debe haber un enano en algún punto de su árbol genealógico.

Gobbins apuntó su varita hacia Chipote, quien se quejó con irritación y se serpenteó hacia la estantería.

—Dijo que hacer la prueba realmente no valió la pena —añadió—. Y afirmó que no ha habido un auténtico y fidedigno fantasma en Aleron durante décadas.

—¿En serio? —preguntó James, con curiosidad en su rostro—. Hogwarts está lleno. Uno de ellos acostumbra a ser nuestro profesor de Historia. ¿Por qué aquí no hay ninguno?

Wentworth se encogió de hombros; estaba sentado junto a la puerta en una vieja pero cómoda silla de respaldo alto.

—Nadie lo sabe. Tal vez debido a la esclusa de tiempo. Tal vez los fantasmas no logran seguir el ritmo en que el campus deambula por los siglos todos los días.

—Pero antes *habían* fantasmas —respondió Gobbins en contra—. Hace mucho tiempo. He oído historias sobre ellos. Incluso Percival Pepperpock fue uno de ellos. Y ese viejo portero, Freddie o como se llame. Siempre estaba tratando de asustar a la gente, pero insistía en llevar puesto aquel viejo suéter rayado y sombrero flexible de fieltro, el cual es bastante difícil de quitarse incluso si *no* estás intentando lucir espeluznante.

—¿Y entonces qué pasó con todos los fantasmas? —indagó Ralph.

Jazmine sacudió la cabeza.

—Como dijo Went, nadie sabe a ciencia cierta. Tal vez simplemente ya no alcanzan el nivel para ser fantasmas como solían hacerlo, ¿eh?

Mukthatch gruñía y rezongaba, ansioso por continuar con la lección.

Las cosas transcurrían suficientemente bien y las preocupaciones iniciales de James comenzaron a menguar. Sin embargo, la tercera vez que el grupo se reunió, Norrick se hizo presente en la sala común del ático después de haber oído hablar de las prácticas mágicas para Clutchcudgel que secretamente tenían lugar allí. A

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

regañadientes, James le permitió quedarse, con la condición de que mantuviera las lecciones en secreto. A pesar de eso, a la semana siguiente dos miembros más del equipo aparecieron en el gran sofá bajo la única ventana de la habitación, sonriendo ansiosamente, con varitas en mano.

—¡No se le he contado a nadie! —aseveró Norrick defensivamente mientras James lo miraba—. Ahora lo comentan por toda la casa. No puedes guardar un secreto durante mucho tiempo por estos lados. Incluso escuché abajo a Heckle y a Jeckle discutir sobre ello. Por cierto, Heckle cree que deberíamos estar aprendiendo algunos hechizos a la vez, sólo para variar un poco.

James suspiró. La verdad era que no le importaba. La magia del Clutchcudgel del equipo Pie-grande se estaba desarrollando lenta pero segura, incluso si se trataba de magia bastante estandarizada. James tenía la sensación de que el profesor Wood todavía se sentía un tanto incómodo con aquello, pero no había mencionado nada al respecto. Quizás esto se debía a que el equipo no había ganado aún ningún partido, a pesar de que los resultados habían ido acrecentándose cada vez más. El último partido, de hecho, terminó en empate. James se había decepcionado al saber que, de acuerdo con las reglas del Clutchcudgel, un juego empatado se traducía en triunfo para aquél equipo que tuviera la mejor puntuación al comenzar el partido, dando así la victoria técnica al equipo Duende. No obstante, había sido una victoria moral para los Pie-Grande, y hubo una estrepitosa celebración en el sótano del vestuario después del partido.

Mientras el equipo se dirigía de vuelta a la mansión Apolo cargando con ellos su buen ánimo, James recordó las historias sobre Quidditch de su padre en Hogwarts y sintió, por primera vez, una profunda sensación de orgullo pues estaba viviendo a la altura de la imagen de su padre. De hecho, de acuerdo con aquellas antiguas historias, el mismo Oliver Wood fue un jugador formidable y estaba locamente entusiasmado con la idea de ganar. Tal vez la reticencia de Wood por usar magia ofensiva y defensiva —independientemente de que ésta se basara o no en las inseguridades que tenía por causa de sus difuntos padres y el rechazo que le profesaban por su participación en la batalla de Hogwarts—, era refrenada por el amor mucho más antiguo que le tenía a la victoria deportiva. James esperaba que así fuera. Todavía tenía en mente muchas otras cosas que quería probar.

—Lo habéis hecho bien —dijo, hablando ahora hacia un poco más de la mitad de todo el equipo Pie-grande de Clutchcudgel, amontonados incómodamente en la sala común del ático—. Eso es todo lo que sé. Nos queda tiempo para ingeniarnos un poco de creatividad. Vuestra tarea durante el fin de semana será investigar algo

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

nuevo, algo que los demás equipos nunca esperarían que sepamos, y regresarán el lunes listos para enseñar lo que hayáis aprendido al resto de nosotros. ¿Entendido?

Se produjo un murmullo de ansiosa expectación por todo el estrecho recinto. Chipote deambulaba por la estantería con una gran enciclopedia en su mano tenue, como si no pudiera elegir a quién lanzársela.

Al otro lado del campus, las hojas finalmente caían de los árboles y se apilaban a la deriva, forrando el césped de anaranjado y amarillo. Los árboles rascaban el cielo con sus ramas desnudas mientras el invierno se posaba dócilmente sobre el campus, trayendo consigo violentos ventarrones y un frío cada vez mayor. James sacó del baúl su pesada capa y comenzó a llevarla puesta a clases, debidamente abrochada por debajo de la barbilla, con su almidonado cuello sobresaliéndole cerca de las orejas.

—Qué elegante —dijo Lucy en un día con cielo nublado, sonriendo torcidamente a su primo mientras se abrían camino hacia la Residencia de Administración para el almuerzo—. Podrías encajar perfectamente en la casa Vampiro. Las capas están de moda este año.

—Junto con colmillos de plástico y tinte negro para el cabello —gruñó Albus a su lado, caminando con las manos embutidas en los bolsillos de su chaqueta.

Lucy chasqueó la lengua.

—Estás enojado porque nos hiciste perder el torneo de Quidditch.

—El torneo no ha terminado todavía —contrarrestó Albus con grandes alharacas—. ¡Y yo *estoy* apoyando a Zane y a sus Zombis para que os den una paliza a todos vosotros en la final!

Lucy se encogió de hombros, como mostrando desinterés.

—Que gane el mejor equipo, por supuesto.

Albus se encrespó, pero no profundizó más en el asunto. James sabía que las experiencias de su hermano en la casa Hombre-lobo eran mezcladas y esto contribuía con su natural malhumor. A veces, Albus hablaba muy bien y con orgullo sobre la vida en la mansión Ares. Otras veces, parecía taciturno y abatido, escabulléndose para evitar sentarse con James, Zane y Ralph en una esquina del Cometa y Llave, en lugar de unirse a la larga mesa cerca de la chimenea, donde el resto de los Hombres-lobo a menudo se congregaban. Una o dos veces, James intentó preguntar a Albus sobre sus nuevos compañeros, pero Albus siempre respondía a la defensiva, asegurando que nada iba mal, que le encantaba su casa, y

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

que si acaso no era posible que un tipo viniera y se sentara junto a su hermano de vez en cuando, sin ser interrogado sobre su vida personal. Con el tiempo, James se había dado por vencido y no volvió a preguntárselo.

Petra todavía aparecía con regularidad en las clases de Elaboración de Pociones del profesor Baruti y James se alegraba de ver que habitualmente parecía estar con buen ánimo. Al parecer, Izzy estaba adaptándose bien al campus de la escuela primaria, a la que asistían mayoritariamente hijos de otros profesores y administradores. Ambas vivían en un pequeño apartamento de la planta superior de una de las casas del Paseo del Profesorado. James las veía en ocasiones durante la cena en la cafetería y se sentaba con las dos cada vez que podía.

Por algún extraño motivo, esos eran los momentos en los que sentía más nostalgia de Hogwarts, incluso más que cuando hablaba con Rose, Scorpius y el resto, a través del espejo. Sentarse con Petra e Izzy, Ralph y Zane, riendo y conversando, le recordaba casi dolorosamente sus días en el Gran Comedor y la sala común de Gryffindor. A veces, en algunas ocasiones le florecía el más extraño sentimiento de pérdida y desasosiego, como si nunca más pudiera regresar a esos lugares, como si nunca más pudiera volver a ver a todas aquellas caras y lugares familiares. Desde luego que era una tontería. Estaría de regreso muy pronto. Aún así, el sentimiento persistía y a veces, especialmente a altas horas de la noche, se encontraba a sí mismo pensando en la última conversación que había entablado con la profesora Trelawney. Evocaba la mirada poseída y distante de la mujer, y sus aterradoras palabras:

Los destinos se han alineado. Caerá la noche, y a partir de entonces, no habrá amanecer...

De vez en cuando, James veía a sus padres y a su hermana Lily. Llegaban para asistir a algunos de sus partidos de Clutchcudgel, aunque no a tantos como hubieran querido, de acuerdo con su padre. El trabajo de Harry Potter se estaba volviendo cada vez más agitado, había dicho él, y James podía notarlo tanto en el rostro de su padre como en el de su madre. Se reflejaba una tensión serena y una preocupación tácita en ellos. Ningún periódico externo incursionaba en el campus de Alma Aleron, pero James presentía que las cosas no iban del todo bien en el mundo exterior.

—No te preocupes —le contestó Harry cuando James le había preguntado al respecto. Sonrió a su hijo, pero James podía decir que había sido más bien una sonrisa forzada, simulada prácticamente para su beneficio—. No dejes de hacer tus deberes escolares y persevera en Clutchcudgel. Tampoco pierdas de vista a tu

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

hermano. Tu madre y yo estamos un poco preocupados por él y esos nuevos amigos de la casa Hombre-lobo.

James se encogió de hombros y asintió. Su padre estaba enmascarando sus angustias más grandes con la preocupación de saber cómo Al podría estar encajando con sus compañeros Hombres-lobo. Era bastante inquietante, pero James había determinado no hacerlo su problema. Se había preocupado por él lo suficiente durante los últimos dos años.

—He oído hablar de este tipo, el profesor Magnussen —le comentaba James a Ralph y a Zane el fin de semana siguiente, caminando por los adoquines del frío sendero y pateando montículos de hojas muertas—. Durante nuestro primer año. ¿Recordáis cuando os conté que me escabullí con la capa invisible y seguí a mi padre y al rector Franklyn durante su reunión a medianoche? Franklyn habló algo sobre Magnussen, y dio la impresión de que era una persona bastante problemática, comparado con lo que nos contó papá sobre la bruja Umbridge que estuvo en su propio tiempo.

—No suena nada bien —consideró Ralph, frunciendo ligeramente el entrecejo—. Me acuerdo de esas historias.

—¡Pero Magnussen es la clave de todo el asunto! —insistió Zane—. Fue quien encontró la llave de la cortina de Nexus. ¡Podríamos buscarlo en el Archivo, y tal vez averiguar cómo fue que lo logró! ¡Si hiciéramos eso, entonces tal vez podríamos seguirle y atravesar el lugar entre los mundos y encontrar a quien quiera que haya atacado la bóveda de los destinos! —los ojos de Zane parecían anonadados por la emoción, pero James suspiró.

—¡Estás completamente loco! —dijo obstinadamente—. Hemos terminado con ese tipo de cosas, ¿vale? Ralph y yo nos quitamos de encima las aventurillas el año pasado, persiguiendo a esa horrible cosa llamada Guardián. Rose también. Si estuviera aquí probablemente te abofetearía, incluso por sacarlo a relucir.

—¡Ah! —dijo Zane, imperturbable—. Ya he hablado con Rose de eso a través del espejo. Piensa que por lo menos valdría la pena echar un vistazo. ¡Vamos!

Ralph habló con incertidumbre.

—Dice que deberíamos contarle todo al papá de James y dejar que él mismo se encargue. A fin de cuentas, es su trabajo.

—El señor Potter ya tiene suficiente trabajo —respondió Zane con astucia—. He oído que está recibiendo un aluvión de críticas de parte de las autoridades locales,

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

en especial de la Oficina de Integración Mágica. Le están haciendo las cosas muy difíciles, manteniéndolo al margen.

—¿Qué? —exclamó James con cierta rabia en su voz—. ¿Dónde escuchaste eso?

—Escuché a hurtadillas a tu padre y al rector Franklyn en Cometa y Llave después del último partido de Quidditch de Al. *Algunos* de nosotros no necesitamos capas invisibles para lograr tal hazaña...

James se sintió dolido.

—Pero ¿por qué las autoridades locales lo rechazaron? Fue enviado aquí para ayudarles, ¿no?

—Aparentemente, sospechan de él —aclaró Zane—. Recuerda, aquí en Estados Unidos, el Elemento Progresivo está por todos lados. No todo el mundo cree en toda esa basura sobre cómo Voldy era un simple pensador revolucionario y un defensor, alguien que promovía la causa de los pueblos, sofocado por los poderes mágicos dominantes del día, pero sólo los suficientemente idiotas sí creen que eso le cause problemas a personas como tu papá. Piensan que él mismo incluso podría estar detrás de algunos asuntos del FULEM. Al parecer, le preguntaron acerca de la desaparición de ese político muggle y el edificio Chrysler. Y hasta creen que podría haber estado implicado con el ataque en la bóveda de los destinos, especialmente desde que la hebra faltante logró desvanecerse sin dejar rastro alguno y no han tenido la suerte de dar con su paradero, a pesar de que había dejado atrás un vestigio mágico de una milla de ancho. Piensan que tu padre no ha encontrado la hebra todavía, porque tal vez en realidad no *pretende* encontrarla. Como si tal vez estuviera cubriendo a sus propios cómplices o algo así.

—¡Qué estupidez! —atañó James—. ¡Vino aquí para desarticular a la banda que perpetró tales hechos y encerrarlos a todos en Azkaban!

Ralph se quedó pensativo.

—Bueno —dijo lentamente—, no estoy diciendo que tengan razón, por supuesto, pero si *estuvo* involucrado con un grupo como el FULEM, probablemente sería la coartada perfecta para que pudiera estar en el equipo en que supuestamente fue asignado a investigar. Si lo piensas bien, desde el punto de vista del Elemento Progresivo, de eso se trata.

Zane estaba impresionado.

—Lo asimilaste realmente todo ese tiempo que pasaste en el equipo de debate de Corsica, ¿no, Ralphinator? Puedes pensar como ellos cuando sea necesario.

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

—Es una completa estupidez —dijo James de nuevo, pateando en particular una gran pila de hojas.

—El Elemento Progresivo es una estupidez —replicó Zane—. Una vez que hayas creído en ese tipo de cosas, otras cosas estúpidas se vuelven mucho más fáciles de digerir.

—Pero ¿por qué iban a pensar que mi padre se uniría a semejante pandilla de gente peligrosa?

—Oh —dijo Zane, sonriendo con remordimiento—. Eso es fácil. Muchos estadounidenses piensan que el FULEM es sólo una marioneta disfrazada de organización, dirigida por el Ministerio de Magia y, en concreto, por el Departamento de Aurores como tal. Ellos piensan que no es más que una gran táctica destinada a amedrentar a las personas, mantenerlas todo el tiempo con pánico, y que está dispuesta a seguir viviendo con las antiguas leyes de separación muggle-mágica y todo eso.

Ralph sacudió la cabeza.

—Entonces deben pensar que personas como el padre de James son una panda de idiotas realmente retorcidos.

Zane asintió.

Los tres chicos se detuvieron al acercarse a la Octósfera. El gran orbe negro flotaba en su lecho acuático, a la cual ahora se le adherían en su superficie hojas muertas. Un retumbo amortiguado, casi inaudible venía desde una parsimoniosa y rotatoria piedra.

—Según la leyenda, el profesor Magnussen inventó este artefacto —comentó Zane, apoyando el pie en el muro de piedra que rodeaba el estanque—. ¿Sabíais eso?

—¿Cómo puedes concebir una gran bola negra? —preguntó Ralph de manera irónica y burlona.

—No es sólo una pelota grande, cabeza de chorlito —contestó Zane—. Es una máquina de respuestas. Tú preguntas cualquier cosa que quieras saber y ella te dirá la respuesta.

—Eso ya es magia bastante profunda —reconoció James reticentemente—. ¿Te da siempre las respuestas acertadas?

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

—Siempre —confirmó Zane—. Pero nunca son útiles. Eso es probablemente la causa de que esté justo aquí al aire libre, para que cualquiera la use. Si las respuestas fueran útiles, esta cosa sería probablemente la herramienta más valiosa de todo el mundo mágico. Puedes apostar que eso fue lo que el viejo profesor Magnussen tuvo la intención de hacer, si las leyendas sobre él son ciertas.

—¿Por qué las respuestas no son útiles? —preguntó Ralph, mirando de cerca la esfera de piedra que giraba lentamente.

Zane se encogió de hombros.

—Es todo cuestión de quantum. Magnussen fue presidente de la casa Igor hace más o menos un siglo, y por lo que parece fue súper genio en tecnomancia. Era un gran creyente de esta cosa llamada «la gran unificación mágica» o algo por el estilo.

—Sí —dijo James, calentándose con el tema—. Franklyn habló de eso cuando nos llevó a conocer el Archivo. Se le llama teoría de la gran unificación mágica. Dijo que la gente solía creer que si pudieras medir todo por todos lados, entonces serías capaz de predecir el futuro. Y si se pudiera predecir el futuro, entonces básicamente...

—Se le podría controlar —terminó Zane—. Sí, así fue como lo escuché. Por lo visto se trataba de algo que enloquecía a Magnussen. Invirtió toda su vida perfeccionando la teoría, tratando de hacer que funcionara. La leyenda cuenta que utilizó algunos métodos realmente terroríficos, aunque nadie parece saber exactamente cuáles fueron. En cualquier caso, esta es una de las cosas que inventó sobre la marcha. Utiliza la gran unificación como-se-llame para decirte la respuesta a tu pregunta. Aunque hubo gran defecto en el diseño, así que si bien la respuesta que obtienes es técnicamente correcta, casi siempre resulta totalmente inútil. Observad.

Zane se giró hacia el orbe de piedra que giraba lentamente. En voz alta y enunciando cuidadosamente, dijo:

—Oh, gran Octósfera mística, ¿ganará la casa Zombi el torneo de Quidditch de este año?

James y Ralph se inclinaron sobre el muro bajo que rodeaba el estanque, observando detenidamente a la esfera. Después de unos segundos la esfera se paralizó y algo parecía moverse dentro. Borrosas formas blancas nadaban desde las oscuras profundidades del orbe, solidificándose hasta llegar a la superficie y

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

transformarse en palabras. Los tres chicos se las quedaron mirando pensativamente. Luego leyeron:

«COMO LAS LUNAS DE KTHULL SE ALINEAN CON EL GRAN CUERNO DE IPSUS»

Después de unos instantes, Ralph preguntó:

—¿Entonces eso... es un sí o un no?

—Nadie lo sabe —dijo Zane animadamente—. Ese es el punto. Mi conjetura es que «Kthull» es un planeta de alguna galaxia desconocida. «Ipsus» es, probablemente, una constelación o algo así. O tal vez es incluso una verdadera bestia con un cuerno en la vida real. En cualquier caso, es imposible para nosotros saber si las lunas de algún loco planeta se alinean con él o no, así que si incluso la respuesta es correcta, sigue siendo completamente inútil para nosotros.

—¿Y cómo es que sabes que es la correcta? —le preguntó Ralph. James pensó que esa era una pregunta bastante razonable.

Zane movió la cabeza.

—Mirad esto —Se giró de nuevo hacia la Octósfera—. ¡Eh, tú!, ¿quién ganó el partido de Clutch de la semana pasada entre la casa Igor y los Zombis?

James y Ralph observaron que las letras se destiñeron de la superficie de la Octósfera y comenzó a girar de nuevo, retumbando débilmente.

—En realidad no tienes que pronunciar la parte de «oh gran Octósfera mística» —admitió Zane mientras esperaban—. Simplemente pensé que de algún modo sonaría más, ya sabéis, imponente.

En el centro del estanque el orbe negro dejó de girar de nuevo. Dos palabras brotaron desde sus profundidades.

CASA ZOMBI

G. NORMAN LIPPERT

—¿Lo veis? —dijo Zane, haciendo un gesto hacia la bola de piedra flotante—. Si se trata de una respuesta que ya conocéis, entonces sólo te da la verdad. Y siempre es la correcta.

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

—Ya veo a qué te refieres —Ralph frunció el entrecejo—. Eso no resultará muy útil que digamos.

Zane asintió.

—Me han dicho que estaba enloqueciendo al profesor Magnussen tratando de averiguar cuál era el problema. Dicen que eso fue lo que lo condujo a buscar y abrir la cortina de Nexus, aunque nadie sabe por qué. ¡Si tan sólo pudiéramos seguir sus pasos, también podríamos encontrar la respuesta a ese misterio!

—De ninguna manera —soltó James resueltamente, suspirando—. Mamá tenía razón. Tenemos suficiente en nuestras manos con la escuela, el Clutch y todo lo demás. Quién sea que haya sido Magnussen, si hay algo en torno a él que averiguar, apuesto a que mi papá ya está trabajando en ello. Encontrará esa cortina de Nexus y localizará a quien haya atacado la bóveda de los destinos. Ya lo veréis.

Zane parecía reacio a permitir que el asunto acabara, pero no dijo nada más al respecto esa tarde; incluso no tocó el tema por el resto del fin de semana.

En la mañana del lunes, el profesor Bunyan llevó a la clase hasta el museo que reposaba en la cima de la Torre del Arte, donde les mostró retratos de muchos de los personajes históricos que estudiaron allí. Agachándose bajo el pórtico del museo, el gigante profesor señaló pinturas de famosas batallas de América, exponiendo cómo el contingente secreto mágico del ejército de los Estados Unidos, dirigido por un mago estadounidense llamado Quenton Harrow, había ayudado en la lucha. Cuando James pasó junto al retrato del general George Washington, comentó a Ralph que era una lástima que el retrato no pudiera hablar.

—¿Quién dice que no puedo hablar? —preguntó el retrato, sintiéndose agraviado.

James, Zane y Ralph giraron de inmediato, sorprendidos. Zane habló primero.

—Pero... ¿usted era un muggle, ¿verdad?

—¿Qué, dígame por favor, es un muggle, jovencito? —preguntó Washington con severidad.

—Hum —dijo James, tartamudeando—. ¿Alguien que no es mágico? ¿Cómo puede no...? —Hizo un gesto hacia el marco dorado del retrato—. ¡Es usted una pintura que habla!

—¿Y qué hay de malo en ello? —reaccionó Washington, alzando la barbilla.

Ralph sacudió la cabeza.

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

—Quedé confundido.

En ese momento, el profesor Bunyan colocó una de sus enormes manos sobre los hombros de los chicos, alejándolos del retrato.

—Tratemos de no hablar con retratos de personajes históricos muggles —les dijo con voz serena—. Alguien pensó que sería buena idea preservarlos mágicamente para la posteridad, pero al estar vagamente conscientes del mundo mágico, muchos de ellos encuentran la experiencia un tanto... ambigua.

James asintió, lanzando una fugaz mirada al retrato de Washington. El antiguo presidente lo observaba estoicamente. James sabía que la figura sólo estaba pintada sobre lienzo, pero sentía un poco de lástima por él. Determinó que volvería más tarde y le haría compañía a la pintura a pesar del consejo del profesor de Bunyan.

Esa tarde, James, Zane y Ralph entraron a la cafetería para descubrir que había sido decorada para Halloween. Flotando sobre las largas mesas había docenas de calabazas con caras talladas y encendidas, sonriendo y mirando maliciosamente, y en ocasiones descendiendo para mascar un trozo de pizza de la mano desprevenida de un comensal. El esqueleto del aula de Economía Mágica Doméstica de Mamá Newt había sido requisado, le habían lanzado un maleficio que lo dejó en un verde más bien horripilante, y lo habían instalado cerca de la entrada principal, donde se distribuían bandejas a los estudiantes mientras se ponían en fila para la cena. El profesor Cloverhoof, el fauno presidente de la casa Zombi, estaba de pie al fondo de la salón, dirigiendo un par de chicas que estaban colgando diligentemente banderines color naranja en el techo bajo.

—¡Hola, profesor! —saludó Zane cuando los tres chicos se sentaron debajo de las calabazas flotantes—. ¿Cómo van los preparativos para el baile de disfraces?

—Viento en popa —contestó Cloverhoof distraídamente—. Un poco más alto, señorita Worrel. No hay nada tan deprimente como un banderín torcido. Ahí vamos otra vez con lo mismo.

—Seguro que Jersey Devil se está tomando muy en serio su trabajo este año —dijo Zane en un susurro discreto, girándose hacia James y Ralph—. Es el presidente del comité del baile de Halloween de este año. El año pasado fue Mamá Newt quien estuvo a cargo, y estuvimos inundados por todos lados de blondas y encajes.

Ralph levantó la vista hacia una calabaza flotante que parecía estar ojeando su plato.

Based upon the Characters and Worlds of J. K. Rowling
—¿Celebran el baile de disfraces en la cafetería?

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

Zane negó con la cabeza.

—No, no, este es simplemente el lugar donde guardan todas las bebidas y refrigerios. Siempre termina siendo más un banquete. La auténtica fiesta se efectúa arriba en el salón de baile principal. Es enorme, con lámparas de araña del tamaño del wocket y un gran escenario en un extremo. No se lo digáis a nadie —añadió, inclinándose hacia adelante como en plan de mantener el secreto—, ¡pero conseguimos que Rig Mortis y los Stifftones tocan en el espectáculo! ¡Es que estará estupendo!

—Nunca he oído hablar de ellos —dijo James, volteando una rebanada de pizza y mordiendo el final.

—Ni yo —añadió Ralph—, ¿son algo así como Los Hermanos Boggart? Me gustan muchísimo.

—No —respondió Zane con brusquedad, claramente contrariado—. Los Stifftones son sólo como la banda americana mágica más popular en radio e internet de Estados Unidos. Vosotros dos me dais ganas de llorar, lo digo en serio.

—Yo sí los he escuchado —dijo la voz de una niña. James miró a un lado y vio a Izzy sentándose junto a Zane, colocando con ruido su bandeja sobre la mesa que estaba delante de ella—. Me gustan. «Hechiza mi corazón» es mi canción preferida en este momento.

—Al fin alguien con un poco de clase —suspiró Zane.

—¿Cómo estás, Iz? —le preguntó James a la chica más joven.

—Estamos bien —respondió Izzy, asintiendo con la cabeza hacia Petra, que se acercaba con su propia bandeja—. Mi maestra dice que ya estoy leyendo a un nivel de cuarto grado, lo que sea que eso signifique. Por lo visto eso es muy bueno, tomando en cuenta que nunca antes había asistido a la escuela.

Zane a punto estuvo de atragantarse con un trozo de corteza de pan.

—¿Nunca has ido a la escuela? ¿Hablas en serio? ¿Por qué no?

—Por culpa de mi madre —respondió Izzy estoicamente—. No creía que era lo suficientemente inteligente como para ir. Dijo que sería una pérdida de tiempo para mí y para todos los demás.

Petra se instaló junto a James.

—Cuéntales lo que te dijo la señora Quandary hoy, Iz —la apremió.

Izzy sonrió forzosamente.

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

—Conseguí interpretar el papel de la «Princesa de la Nieve» durante el espectáculo de navidad de este año.

—¡Qué genial! —Zane sonrió con entusiasmo—. ¿Ya escogiste las alas y la aureola que usarás?

—Nos queda mucho tiempo para eso —dijo Petra, lanzando una radiante sonrisa a su hermana—. De momento, apenas se está acostumbrando a su varita.

—¿Su varita? —repitió James, parpadeando—. Pero... Izzy no... eh.

—¿Cómo van las cosas en la casa Pie-grande? —preguntó Petra, mirando de soslayo a James y sonriendo.

—James está enseñándole magia al equipo de Clutch Pie-grande —interpuso Ralph con un deje de orgullo—. Parece que los Pie-grande podrían ganar un partido por primera vez en... no lo sé. Quizás sería la primera.

James procuró restar importancia a este detalle, pero al instante se dio cuenta de la forma en que Petra lo miraba, evidentemente impresionada.

—Me parece excelente, James —dijo ella, propinándole un codazo cariñoso—. He notado cómo el equipo Pie-grande ha estado jugando últimamente. Parece estar con más confianza de la que tenía cuando empezó la temporada. ¿De verdad eres responsable de eso?

James se encogió de hombros y apartó la mirada, con su cara ruborizándose.

—Bueno... ya sabes. Yo... sí. No es nada, de verdad.

—Nada, dice. ¡Já! —terció Zane, sonriendo malévolamente—. James llevó a esa casa de nada a afortunada en un abrir y cerrar de ojos.

—Aún no hemos ganado un partido siquiera —aclaró James, intentando reprimir una sonrisa de orgullo—. Pero ya logramos empatar un partido.

—¿Os dais cuenta? —insistió Zane, haciendo caso omiso de las protestas de James—. Se está haciendo cada vez más ambicioso. ¡Tal vez incluso se haga profesional! Había un tipo el año pasado, un Hombre-lobo de nombre Stubb, que consiguió pertenecer a la plantilla de los Hobgoblins de Hoboken. ¡Apuesto a que James es incluso mejor de lo que él fue!

—¡Basta ya! —exclamó James, con sus mejillas sonrojadas—. Escuchad, no es nada, ¿vale? Lo que hago es sólo enseñarles hechizos básicos, eso es todo. Por algún motivo, Wood no estaba fomentando al equipo un entrenamiento con base en el juego mágico. Apenas es que estamos poniendo a todos al tanto.

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

—Qué modesto es, ¿no? —dijo Zane con voz empañada, gesticulando hacia Petra—. Rayos, me rompe el corazón. De hecho, lo hace.

James torció los ojos, como muestra de impaciencia.

Quince minutos más tarde los cinco se encaminaron hacia las puertas de la cafetería, hablando excitadamente sobre el inminente baile de Halloween, mientras James se estaba preparando para hacer algo. Se sentía tan lleno de tensión que pensó que todo el mundo debiera haberlo notado, como si estuviera físicamente vibrando. Había un grupo de gente cerca de la puerta, pululando con cierta desapercibida curiosidad, y James tocó el codo de Petra al momento en el que se detuvieron para observar.

—Petra —la llamó, tratando de no sonrojarse—, me preguntaba...

La chica giró hacia él y se apartó el pelo de la cara con la mano.

—¿Sí?

—Eh —comenzó, furioso consigo mismo por lo torpe que sonaba. Inspiró hondo—. ¿Sabes del baile de disfraces que se va a celebrar?

Ella le sonrió con ironía.

—¿Aquél del que estábamos hablando hace un momento? Claro. ¿Qué pasa con eso?

James se pasó una mano por el pelo.

—Sí. Bueno, sé que no eres en realidad estudiante, vale, pero nos conocemos desde hace algún tiempo, y... pensé que tal vez podríamos...

Cerca de la entrada, la multitud se separó en ese mismo momento y alguien tropezó con Petra, dándole un leve golpe.

—Todos, abran espacio —anunció una voz. Era el profesor Cloverhoof, con las manos levantadas en el aire.

James dio otro paso hacia Petra, procurando llamar su atención de nuevo.

—Bueno, estaba pensando, que tal vez tú y yo podríamos...

—Hágase a un lado, señor Potter —dijo Cloverhoof, tocando a James en el hombro. James alzó la vista, enfurecido, y luego se movió con disimulo hacia Petra una vez más.

—Continúa, James —dijo Petra, sonriéndole ligeramente con sus ojos parpadeantes—. Estoy escuchando.

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

James le devolvió la sonrisa, sintiéndose agobiado pero al mismo tiempo alentado. Abrió la boca para hablar, pero otra voz lo interrumpió, perforando el aire como si fueran uñas arañando una pizarra.

—¡Tú! —exclamó la voz tan alta y exaltada que silenció la habitación entera al instante. James se sobresaltó y giró hacia el dueño de aquella chirriante voz. Un hombre delgado y viejo con la piel demasiado blanca y pelo negro con calvicie estaba parado en el centro de la entrada de la cafetería, escoltado por dos brujas que vestían túnica verde claro, y que le servían de agarre en cada lado. James lo reconoció vagamente, pero no podía recordar dónde lo habría visto antes.

—¡Túuuuu! —chilló el hombre de nuevo, alargando la palabra como en un aullido, su voz desfallecía mientras el aliento se le agotaba. James sintió un escalofrío de pánico cuando el hombre levantó una mano temblorosa y extendió el dedo índice. Estaba señalando a Petra.

—Señor Henredon —habló una de las brujas vestidas de verde, reafirmando su agarre sobre el brazo del hombre—. Intente no alterarse demasiado. Aún está muy debilitado. Sólo ha sido descongelado lo suficiente como para que pueda caminar por unas cuantas horas.

—¡Fue *ella*! —gritó Henredon, tambaleándose sobre sus piernas—. ¡*Ella* era *una*!

James cogió la mano de Petra, tratando de alejarla de allí, pero estaba estática en el piso, entrecerrando los ojos y arrugando el ceño.

—Soñé contigo —dijo ella, con su voz apenas en un susurro. Todo ojo en la abarrotada sala se había girado para mirarla fijamente y con expresión de extrañeza.

—Está confundido, señor Henredon —le tranquilizó la segunda bruja vestida de verde, obviamente conmocionada—. Usted ha pasado por una dura experiencia. Quizás deberíamos regresarlo al centro médico.

—¡*ELLA... ME CONGELÓ!* —gritó Henredon, con la voz quebrada por la emoción y los ojos saltones en su pálido rostro—. ¡Era *ella* la de la bóveda de los destinos! ¡Estaban ella y otra mujer horrible, sí, pero *ella* es quien lo hizo! ¡Fue ella! —Luego se desplomó, y las enfermeras de túnicas verdes trajinaron para sostenerlo. Los otros se apresuraron a ayudar mientras se desataba el pandemónium. Voces cuchicheaban mientras los estudiantes se apartaban de Petra y de James, formando un círculo cada vez más amplio de rostros con miradas perspicaces y atemorizadas.

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

—Me congeló —continuó Henredon, poniéndose a llorar, su voz cada vez más perdida entra la creciente muchedumbre—. Ella salió de la bóveda, sonriendo como un demonio... y me congeló...

Al cabo de una hora, Harry Potter había llegado al campus y una reunión se había convocado en una sala de profesores en la planta principal de la Residencia de Administración. A ella asistieron Harry, el rector Franklyn, el profesor Cloverhoof, Petra, James y un hombre que James jamás había visto, y que se había hecho presente apenas unos cuantos minutos antes de que llegara Harry Potter. El desconocido vestía túnica completamente negra, guantes y un sombrero también negro de ala muy ancha y plana. Tenía un rostro agradable, aunque James pensó que había algo vagamente inquietante en él. En cuanto el hombre se hubo sentado en el taburete que reposaba junto a la oscura ventana, James se percató de que parecía carecer casi totalmente de pelo. Su cara lucía tan rosada y lampiña como la de un bebé, con su sombrero apretándole sobre su cuero cabelludo con tanta firmeza que se apoyaba en sus orejas. Mientras alisaba su túnica le sonrió a James, pero éste apartó la mirada.

—Cabe señalar —comenzó el rector Franklyn, aún de pie y avivando el fuego con un atizador largo—, que se trata de una acusación sumamente seria e impactante.

James dirigió una mirada a su padre, pero el rostro de Harry Potter se tornaba tan inescrutable como el atizador que poseía Franklyn en la mano. James advirtió que el hombre del sombrero de ala ancha estaba mirando directamente a Harry también con una sonrisa agradable dibujada en su cara. Franklyn encajó el atizador en su lugar y giró en redondo.

—El señor Henredon es uno de nuestros custodios más antiguos y fiables. Su servicio para con la escuela ha sido totalmente impecable. Por ende, su alegato no puede ser desestimado. Si la confrontación que acaba de tener lugar no hubiera ocurrido frente a la mayor parte de la escuela, entonces este asunto resultaría un tanto más sencillo de abordar. Y como fue así que sucedió, se deberá tomar una acción directa y decisiva.

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

—Pero no pude haber sido yo quien congeló a ese pobre hombre —discrepó Petra—. No estaba por ningún lado cercano al Archivo cuando se produjo el ataque. ¡Estaba durmiendo en mi habitación!

—Usted se encontraba dentro del campus —aclaró imparcialmente el hombre del sombrero de ala plana—, lo que la sitúa en la proximidad inmediata del sitio del crimen, independientemente de su ubicación específica. Y estar dormida no es lo que uno tendería a llamar una coartada hermética.

—Disculpe —interrumpió Harry, volviéndose hacia el desconocido—. Aún no sé su nombre, señor.

—No lo he dado —contestó el hombre, sin dejar de sonreír cordialmente—. Asumí que el honor de presentarnos le correspondía al rector. Odiaría transgredir mis límites.

—Perdonadme —dijo Franklyn con una nota de impaciencia en su voz—. Señor Potter, le presento al honorable Albert Keynes, árbitro general de la Corte Mágica de los Estados Unidos. Señor Keynes, Harry Potter es un representante del Ministerio Europeo de Magia, quién nos visita en el ejercicio como aurore jefe de esa entidad.

—Es un placer —asintió Keynes con engreimiento, escondiendo su rostro durante un segundo detrás del ala negra de su sombrero.

—Me impresiona que haya podido llegar ahí en tan poco tiempo —contestó Harry, sin sonreír—. Árbitro general suena como a un cargo más exigente e importante.

El hombre soltó una risita.

—Me temo que el título suena más grande de lo que es. Hay de hecho muchos de nosotros, posicionados a lo largo y ancho del país, cumpliendo con nuestras obligaciones otorgadas de forma completa y en la medida de nuestras posibilidades. Mi jurisdicción abarca únicamente Pensilvania, pero debo admitir que las zonas del área metropolitana de Pittsburgh y Filadelfia ocupan la mayor parte de mi tiempo. Estaba en las cercanías cuando recibí el mensaje del rector Franklyn.

—¿De modo que ustedes representan el tribunal mágico norteamericano? —inquirió Harry, pero antes de que el hombre pudiera responder, el canciller Franklyn se le adelantó.

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

— Adoptamos un enfoque bastante pragmático en los asuntos legales del mundo mágico americano, señor Potter. Un remanente de una época en que las personas mágicas estaban repartidas cuidadosamente por toda la extensión del país, de modo que era necesario que la ley fuera hasta ellos, en lugar de lo contrario. El señor Keynes, en efecto, *personifica* el tribunal mágico norteamericano.

— Es juez, jurado y ejecutor — bromeó el profesor Cloverhoof enigmáticamente, puliéndose las uñas en la solapa de su camisa.

Keynes asintió.

— Método primitivo y ordinario, pero lo suficientemente preciso, profesor — dijo, y luego se giró hacia Harry —. Soy árbitro, señor Potter. Mi trabajo consiste en emitir juicios imparciales basados en el análisis de las evidencias y en entrevistas hechas a todos los involucrados en un caso determinado. Esa es la razón por la cual he solicitado que su hijo se una a nosotros. Tengo entendido que el joven ha sido testigo presencial de gran parte de los sucesos ocurridos en relación con el ataque al Salón de Archivos. No necesita temer por su implicación en los hechos. Estoy capacitado para ser plenamente justo y objetivo.

— Me complace escuchar eso — respondió Harry —. En vista de ponerle fin a este asunto, ¿podemos confiar que será un proceso rápido?

Keynes chasqueó la lengua.

— El papel que desempeña el árbitro es simple, señor Potter, pero hemos recibido adiestramiento con la finalidad de trabajar con sumo cuidado. Este es un caso particularmente difícil, pues se trata de la palabra de la señorita Morganstern contra la del señor Henredon. El veredicto en estos casos ha sido conocido por tomar meses o incluso años en ser dictaminado.

— ¡Pero esto es una completa estupidez! — increpó James, con un enrojecimiento en la cara —. ¡Petra estaba con Izzy cuando fue atacado el Archivo! Ahí está la prueba que realmente no fue ella quien congeló el señor Henredon.

— La «prueba» es un concepto delicado, muchacho — enfatizó Keynes, sacudiendo la cabeza con pesadumbre —. La pequeña en cuestión es la hermana de la acusada, por lo cual hace a su testimonio sospechoso, como mínimo. Para complicar aún más las cosas, se me ha dado a conocer que este no es su primer encuentro con la ley, ¿no es así, señorita Morganstern?

La expresión de Petra ensombreció ligeramente mientras miraba al hombre de sombrero negro.

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

—No sé de qué está hablando.

—Podría haberse escabullido de su memoria —admitió Keynes con una inclinación de la cabeza—. Después de todo fue la policía muggle. Tengo entendido que dichas autoridades vulgares no podrían exigir el respeto de alguien como usted. No obstante, como ya he mencionado, nosotros los árbitros somos muy minuciosos en nuestras labores. Cuando venía hacia aquí, examiné cuidadosamente el informe de la policía que detallaba lo ocurrido durante su último día de estancia en la granja de su abuelo. Por supuesto, tuve que leer un poco entre líneas, pero no cabe duda de que los acontecimientos de esa mañana causaron al menos una muerte, y posiblemente dos, aunque admito que la segunda muerte es una mera conjetura de mi parte. ¿Lo puede recordar ahora, señorita Morganstern?

Petra miró al hombre, con los labios apretados en una fina línea. Después de un instante, asintió una vez, parcamente.

—Es la primera vez que escucho tales cosas —dijo Franklyn, mirando a Petra y luego a Harry—. ¿Puedo inquirir por qué una criminal conocida fue admitida para que ocupase un puesto en esta escuela?

Harry no le quitaba la vista al hombre del sombrero negro.

—Petra no es una criminal conocida —replicó con tranquilidad—. El Departamento de Auroras gestionó una investigación de los hechos en la granja Morganstern, y no se hallaron indicios de que se hubiera producido un acto delictivo. Warren Morganstern se quitó la vida, incluso el informe de la policía muggle lo debe indicar. Su esposa, Phyllis Morganstern, anteriormente apellidada Blanchefleur, ha desaparecido de escena, pero oportunamente desde que fue solicitada para ser interrogada en relación con la muerte de su primero y segundo marido; eso no constituye ninguna sorpresa.

Keynes alisó su túnica de nuevo cuando tomó la palabra:

—A pesar de que habéis realizado vuestra propia investigación, señor Potter, esos factores deben ser considerados al momento de dictar sentencia en esta delicadísima situación. Voy a recurrir a muchos recursos e interrogaré al número de personas que sea necesario, tanto aquellos que estén en calidad de testigos como los que mencionan las referencias. Puede que incluso la viuda del señor Morganstern tenga que comparecer ante mí si, como usted dice, permanece aún entre nosotros. Podrían pasar meses antes de llegar a mi veredicto final.

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

A James no le gustaba Keynes en lo más mínimo y estaba bastante convencido de que, independientemente del tiempo que tardara en llegar el veredicto, ese hombre declararía a Petra culpable al final.

—¿Qué sucederá con Petra si concluye que ella ha cometido lo que el señor Henredon afirma?

Keynes se inclinó hacia atrás y entrelazó los dedos sobre su pecho.

—Por desgracia, la ley es muy clara en mencionado caso —dijo con regocijo no disimulado—. Un intento de asesinato puede significar una condena que vaya de los veinte años a cadena perpetua. A esto se añadiría el uso de magia oscura, el ataque a la bóveda de los destinos y el robo de una reliquia de valor incalculable en la forma de la hebra carmesí desaparecida... y sí, tengo experiencia en estas situaciones, y como miembro del tribunal mágico norteamericano, nada pasa inadvertido y no mucho logra escaparse... y por los vientos que soplan parece inevitable que la señorita Morganstern pasará el resto de sus días en la prisión mágica de máxima seguridad de Fort Bedlam. Su hermana, Izabella, pasará a estar bajo la tutela del estado. Siendo muggle, le corresponderá a la Oficina de Integración Mágica encontrarle un nuevo hogar dentro de la comunidad no mágica. Afortunadamente, es menor de edad, lo que significa que las autoridades de la Montaña de Cristal seguramente se dispondrán a desmemorizarla con el encantamiento de *obliteración*. Con toda probabilidad, esto sería lo mejor para todos los involucrados.

—¿Qué clase de cruel persona es usted? —exclamó James airado—. ¡Actúa como si no hubiese nada que prefiriera ver!

—¡James! —lo atajó Harry Potter severamente, poniendo firmemente una mano sobre el hombro de su hijo.

Keynes sonrió de nuevo a James e inclinó la cabeza con tristeza.

—Es muy cierto, joven. No hay nada que prefiera ver más que para que se haga justicia. Es una bondad errónea mimar a los culpables. Algún día espero que descubras la verdad de todo este asunto. Aunque tengo mis dudas.

Lanzó una mirada a Harry y suspiró. James percibió que el labio superior de Keynes estaba sudando ligeramente.

Entonces Petra habló con voz extrañamente serena.

—¿Qué será de mí e Izzy durante su investigación?

Keynes se animó un poco.

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

—Es habitual que el acusado sea entregado al árbitro encargado de su caso hasta el momento en que un juicio se puede llevar a cabo. Por consiguiente, a partir de ahora hasta que decida mi veredicto, usted estará bajo mi custodia. Su hermana, sin embargo, será enviada al orfanato mágico de Pittsburgh.

—Mi hermana —dijo Petra con frialdad—, se quedará conmigo.

—Me temo que no está en posición de hacer tales peticiones —aseveró Keynes, ampliando su sonrisa—. Es una tradición estadounidense muggle considerar al acusado inocente hasta que se demuestre su culpabilidad. Es una pintoresca noción que no tiene cabida en el tribunal mágico. Hasta que pueda corroborar que es inocente, es usted sospechosa de un delito capital, por lo tanto se la considera un peligro potencial y existe un riesgo razonable de huida. Estará feliz de cumplir con los estatutos impartidos.

Franklyn carraspeó.

—Creo que no podemos precipitarnos demasiado —comenzó, pero Petra lo interrumpió, aún fijando su atención en Keynes.

—A dondequiera que yo vaya, va Izzy —dijo ella—. No es una petición. —Su voz sonaba tan calmada que se tornaba casi surrealista, y aún así, James sintió un súbito vapor gélido en la sala, haciéndolo tiritar. Un oleaje de frío parecía provenir desde el mismo interior de Petra, que estaba sentada a su lado.

—Tal obstinación la favorecerá tomando en cuenta que yo proceso su caso, señorita Morganstern —dijo Keynes, su sonrisa adoptaba una frialdad parecida a la del lugar—. Es posible que desee modificar su tono, no sea que yo decida considerarla un riesgo aún mayor de lo que había imaginado hasta el momento.

—Dudo que sea un error —rebató Petra. James estaba casi seguro de que distinguía su aliento saliendo como espirales de niebla mientras hablaba.

La tensión en el aire parecía bullir y James sintió un súbito e inexplicable temor que le decía que algo terrible estaba a punto de acontecer. Imágenes parpadeaban detrás de sus ojos: apareció un castillo oscurecido, enorme y desolado, encaramado en el borde de un acantilado; luego surgieron unos ojos observando ocultos entre las sombras para luego darle paso a una mano blanca que sostenía una daga singularmente grotesca, con sangre goteando de la hoja. Estas eran las visiones de los sueños de Petra. Ahora lo acosaban a él, destellando en gélidos rayos como si fueran carámbanos. De alguna manera, ella se los estaba transmitiendo, aparentemente sin intención alguna, a través de aquel cordón plateado invisible que aún lo mantenía conectado a ella. Era como si Petra estuviera pedaleando,

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

como en una especie de generador mágico. Lo podía sentir, y era espantoso, aterrador. ¿Qué era ella? ¿Cómo podía ser tan misteriosamente poderosa? James miró al otro lado de la habitación, hacia donde se encontraba Albert Keynes, y de pronto ardió en deseos de gritarle al hombre que se callara, que dejara causarle hostilidad a Petra. No sólo porque James la quería, sino también porque tenía miedo de ella.

Pero entonces, sorprendentemente, el padre de James habló.

—Entiendo perfectamente su dilema, señor Keynes —validó, y su tono de voz parecía minar la tensión del ambiente—. Después de todo, soy un hombre que conoce las leyes. Me hice responsable de la presencia de la señorita Morganstern aquí. ¿Sería posible que yo pueda asumir la responsabilidad de ella y de su hermana Izabella en el transcurso de vuestra investigación?

Al igual que Petra, James giró para mirar a su padre, pasmado.

—Es una oferta muy amable de su parte, señor Potter —dijo Keynes con rigidez, sentado muy erguido en su asiento—. Pero estoy obligado a rechazarla. La ley, como ya lo he mencionado, es bastante clara.

—Y como *yo* ya lo he dicho, señor Keynes —recalcó Harry con un tono de voz más alto—, también soy un hombre que conoce las leyes. Y me gustaría recordarle que la ley mágica *internacional* ofrece subsidio para que la custodia de extranjeros detenidos sea otorgada al representante de su propio país durante la ejecución de los procedimientos judiciales necesarios.

Keynes miró fijamente a Harry, con los ojos entrecerrados. El sudor en su labio superior brillaba. James se dio cuenta de que sin embargo el semblante de su padre estaba perfectamente neutral, tan sereno como una piedra de río.

—¿Está usted seguro, señor Potter —cuestionó Keynes con docilidad—, que este es el procedimiento que verdaderamente desea emprender?

—Para ser un hombre que conoce las leyes —replicó Harry—, no veo ninguna otra opción.

Keynes sonrió de nuevo, con mesura.

—Entonces que así sea. Como representante del tribunal mágico norteamericano, dejo a Petra e Izabella Morganstern bajo su custodia. No obstante, sepa que esto significa que tanto las autoridades judiciales mágicas como la Oficina de Integración Mágica estarán vigilándolo muy de cerca. Habrá centinelas instalados cerca de su casa prácticamente a toda hora.

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

—Entonces podrán unirse a los que ya están allí —replicó Harry con un suspiro—. Mi esposa los ha estado invitando a tomar el té, aunque todavía no han querido aceptar la oferta.

—Señor Potter —susurró Petra, acercándose a él—. No tiene que...

—¿Hay algún otro asunto que atender? —la cortó Harry, pasando rápidamente su mirada por todos los presentes—. ¿No lo hay? Entonces propongo que sea yo quien escolte a la señorita Morganstern y a su hermana a su piso, para que puedan reunir cualquier cosa que necesiten.

La reunión se disolvió y se produjo un correteo de pies y un crujido cuando la puerta se abrió de golpe. El profesor Cloverhoof estaba parado cerca de la entrada, permitiendo a los demás dejar la sala antes que él. Su rostro lucía inescrutable cuando dirigió una mirada a James y le guiñó un ojo. James siguió a su padre por el pasillo principal que corría directamente a través del centro de la Residencia de Administración. Petra volvió a reunirse con su hermana, que estaba aguardando cerca de las escaleras del vestíbulo con Zane y Ralph. Cuando James y su padre alcanzaron la entrada principal, Albert Keynes avanzó furtivamente hacia Harry, con actitud amable aunque un poco condescendiente.

—Se me ha informado, señor Potter —dijo en voz queda—, que ya ha proporcionado refugio a la señorita Morganstern y su hermana anteriormente. Eso ocurrió, de hecho, inmediatamente después de los funestos acontecimientos del último día de las chicas en la granja Morganstern. ¿Sería posible que sepa usted un poco más de lo que está dejando entrever con respecto a los eventos acaecidos?

—Le aseguro, señor Keynes —contestó Harry—, que usted sabe tanto como yo sobre esta cuestión, y quizás más. Su información parece no conocer fronteras en absoluto.

Keynes empezó a reírse, como si Harry y él fueran amigos entrañables.

—Hmm, ojalá ese fuese el caso. Aunque simplemente me lo preguntaba, pues voy a averiguarlo. Si persiste algún secreto que usted pudiera desear revelar en este instante, eso podría ahorrarnos a ambos algunos inconvenientes más adelante. Me temo que las cosas podrían tornarse un poco menos... cívicas.

Harry se detuvo por un largo rato, y James levantó la vista hacia él, contemplándolo. Por un momento, James pensó que su padre le confesaría a Keynes lo que sabía: que de hecho Petra había sido avistada saliendo del Salón de Archivos la noche en que fue atacado, y que era posible que el propio Merlinus Ambrosius acogiera inquietudes sobre el estado mental de Petra, e incluso que le

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

hablaría de su bondad general. Al final, sin embargo, Harry se limitó a sacudir la cabeza.

—Siéntase libre de interrogarnos a mi familia y a mí, señor Keynes —dijo Harry, mirando a James de refilón—. Tenemos la costumbre de andar con la verdad. A veces, sin embargo, tendrá que hacer las preguntas adecuadas.

Keynes asintió con la cabeza, como si ese fuera exactamente el tipo de respuesta que esperaba recibir.

—De acuerdo. Iniciaré mis pesquisas esta misma noche, y de ser necesario, le tomaré la palabra. Por ahora, le deseo buenas noches. Y, eh, buena suerte. Sospecho que la necesitará.

Dicho esto, Keynes empujó una de las pesadas puertas frontales y se desvaneció en la oscuridad más allá, tarareando para sí alegremente.

—Tipo odioso —dijo Franklyn con un suspiro—. Pero estos individuos son, podría decirse, la grasa que lubrica el eje de la civilización.

El profesor Cloverhoof asintió.

—Y de la misma manera, uno siente la necesidad de restregarse las manos de después de haber entrado en contacto con ellos.

Murmurando asentimiento a lo propuesto, el grupo se abrió camino en la fría oscuridad.

Caminando entre James y su padre, Petra preguntó:

—¿Está seguro de que quiere hacer esto, señor Potter? Sólo le complicará las cosas a usted y su familia. Puedo arreglármelas yo misma, si necesitase hacerlo.

—No es nada —respondió Harry apresuradamente, pero luego le dirigió una mirada a la muchacha mientras se movían a través de la tempestad del campus. En voz baja, le dijo—: Pero perdóname por preguntar esto, Petra, y sé que sólo tendré que hacerlo una sola vez: ¿hiciste lo que alega el señor Henredon? ¿Participaste, por algún motivo, en el ataque a la bóveda? Porque el señor Keynes, siendo aún y todo desagradable, es una persona bastante recta. Tarde o temprano la verdad saldrá a la luz. Será mejor hablar ahora que averiguarlo más adelante. ¿Eres culpable?

Petra miró a Harry, y luego a James.

—No lo soy. Se lo juro. Sé que demasiadas cosas extrañas han sucedido a mi alrededor, pero estoy tan desorientada por ello como todos los demás. Quiero descubrir la verdad tanto como el señor Keynes quiere. Por favor, créame.

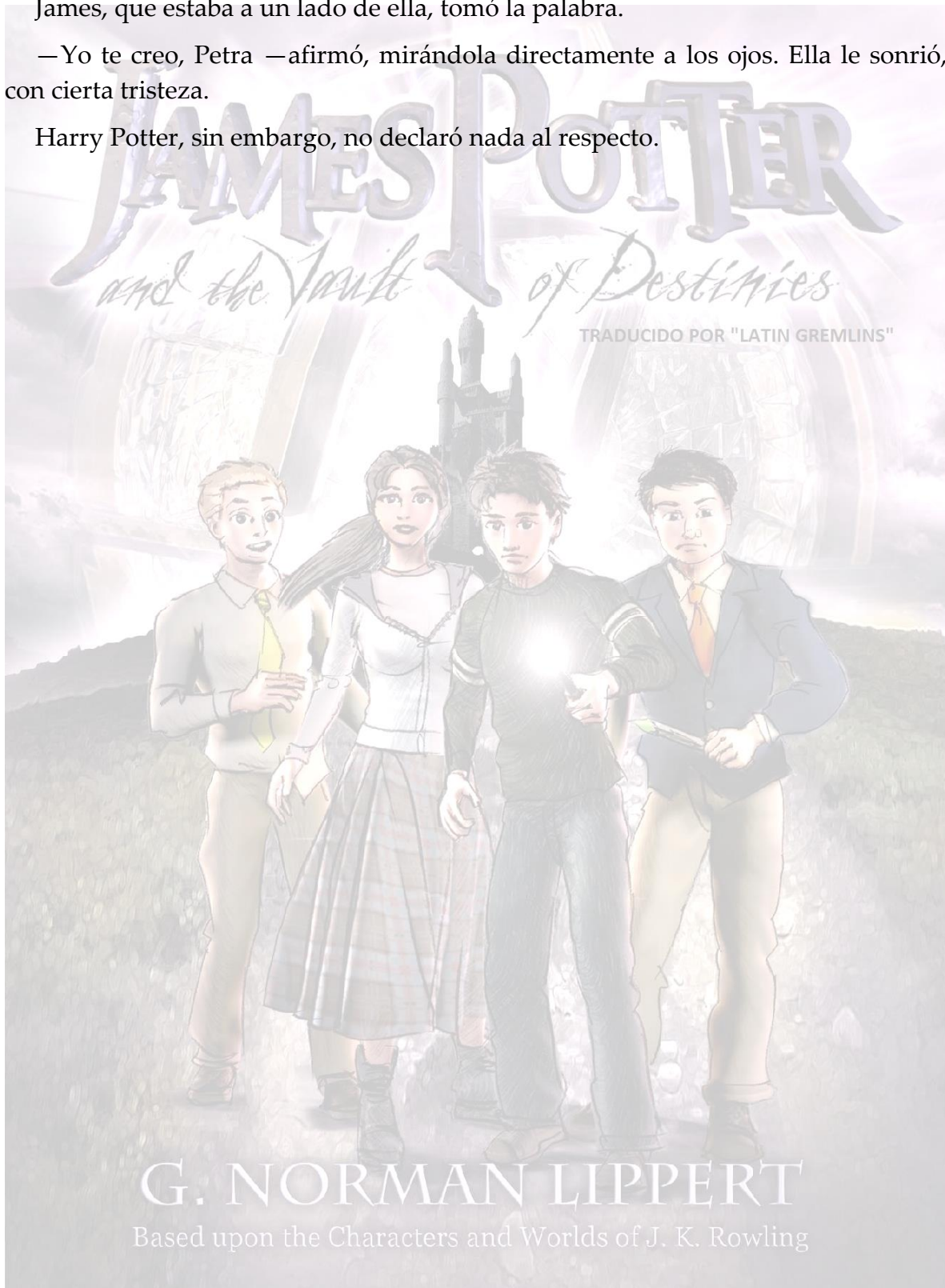
TRADUCIDO POR Ronald Bautista
EDITADO y PRODUCIDO por "Latin Gremlins"

JAMES POTTER Y LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS

James, que estaba a un lado de ella, tomó la palabra.

—Yo te creo, Petra —afirmó, mirándola directamente a los ojos. Ella le sonrió, con cierta tristeza.

Harry Potter, sin embargo, no declaró nada al respecto.



@LatinGremlins / @divel9 / @ibenavidesf



Latin Gremlins / El Blog de Divel



.com/LatinGremlins



http://divelartemis.blogspot.com